

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

LAS BANDERAS.

I.

Suelen considerarse los partidos políticos á manera de sendas huestes acampadas en diversos puntos, sujetas á la severidad de la disciplina, acaudilladas por sus individuos mas inteligentes, mas traviosos ó mas ambiciosos, y agrupadas al rededor de una bandera que desplegada flota á merced de los vientos. La imaginación ha descubierto no pocas analogías entre la política y la guerra, y el frecuente uso del lenguaje figurado ha puesto casi todo el tecnicismo de la última al servicio de la primera. Podría decirse que las dos se sirven de un mismo vocabulario, que emplean un dialecto comun; y esto, francamente, no es una prueba irrefragable del carácter conciliador, de la índole sosegada, de las tendencias pacíficas de la política militante.

Para distinguir mejor aquellas huestes y deslindar mas facilmente sus campos, se ha convenido en atribuir un color peculiar á su respectiva bandera. Así introducido este nuevo simbolismo en las sociedades modernas, queda ya establecida y fijada una relación íntima, bien que convencional y arbitraria, entre unos accidentes físicos que solo hieren la vista y unas ideas abstractas que solo concibe la inteligencia; de manera que basta indicar el color ó los matices mas ó menos subidos de aquella bandera imaginaria para dar á entender la clase de doctrinas que proclaman sus afiliados.

En su manifiesto á los franceses decia el conde de Chambord que Enrique V no podia abandonar la bandera blanca de Enrique IV. No era cosa de creer que en tan solemne coyuntura esta alusion no encerrase mas que una reminiscencia histórica ó una mera cuestión de heráldica: todo el mundo comprendió que la intencionada frase equivalia á empeñar su palabra de honor respecto al sistema político que trataria de plantear, si la Providencia le encomendaba la elevada misión de regir los destinos de la nación francesa sentándole en el trono de sus mayores.

¿Qué tiene de suyo ese color blanco que, quiérase ó no se quiera, es un símbolo de paz, de pureza y de misericordia? Al distinguirlo entre la densa humareda de los campos de batalla, cesa el estruendo de los cañones, y deponen sus iras los mas feroces guerreros: ondea sobre frágiles é improvisadas cabañas, y como un escudo de bronce protege á los estropeados y moribundos que en ellas se albergan. Reemplaza al olivo de los antiguos, y ante ese olivo inclinaban sus ramas los enhiestos laureles.

El partido político que escogió para divisa suya el color del armiño que prefiere la muerte á manchar su piel en inmundos cenagales, ha tenido mas acierto en su elección que fortuna en sus empresas. El sentimiento religioso y la lealtad caballeresca juntaron sus manos para sostener esta bandera. Ríndenle una especie de culto los que sienten trans-

fundidos en su mente y en su corazón grandes ideas y generosos afectos, que heredaron de sus mayores, como si fuesen parte integrante de su patrimonio. Para ellos viene á ser la venerada imágen de la patria, que se les presenta coronada de sus antiguos laureles y revestida de sus gloriosas tradiciones.

La antítesis de lo blanco era un tiempo lo negro; ahora en el lenguaje político su color mas opuesto es el rojo. ¿Por qué tal escogieron los que se apellidan á sí mismos regeneradores de la humanidad? Es el color de la sangre derramada, el que reflejan las llamadas del incendio, el que yela de espanto los corazones sencillos, cual siniestro presagio de próximas calamidades, cuando inesperadamente aparece entre las sombras de la noche, estampado por una mano misteriosa en las alturas de la bóveda celeste.

Hace apenas un siglo podia decirse que el estandarte blanco estendia su sombra sobre todas las sociedades europeas; ¿será que antes de terminar un nuevo siglo sea el estandarte rojo el que haga sus veces? ¿Podrá decirse con Ovidio: *qui color albus erat nunc est contrarius albo?* Cuenta la fábula que las rosas eran blancas en su origen, y se volvieron encarnadas por haberlas salpicado la sangre de Adonis, destrozado por los dientes del jabalí: ¿será que el simbólico estandarte de los tiempos futuros deba su formidable color á repetidos baños de sangre humana?

Los hijos de los cruzados, que fieles á su Dios y á su monarca llevaron á cabo gloriosas empresas conducidos por el rojo oriflama, de seguro no hubieran creído que mas adelante se abrigarian en los pliegues de una bandera del mismo color ideas y aspiraciones tan radicalmente opuestas á las suyas. Y ¿por qué ha de ser roja, si al fin y al cabo es una bandera negra la que se levanta contra la sociedad existente?

Hay muchos á quienes les repugna el color blanco porque dicen que es el de lo pasado, y al mismo tiempo les amedrenta el rojo del cual se dice que es el color de lo futuro. Movidos por sus antipatías y sus temores, quisieran un color distinto para emblema de lo presente, como si este no fuese hijo de lo pasado y

padre de lo venidero. El blanco sin mezclas produce una crispacion nerviosa, y desde el blanco mas puro hasta el rojo mas encendido no caben mas que gradaciones de este matiz, medias tintas que suavizan el tránsito de uno á otro. Aunque así no se quiera, en el sonrosado mas claro siempre hay algo de rojo.

Sean cuales fueren los colores nacionales, bien puede decirse que la tricolor es la bandera de todas las sociedades en que predominan las ideas políticas y sociales proclamadas por la revolucion francesa. Es la bandera del nuevo régimen, ante la cual ha quedado arrollada y vencida la del régimen antiguo. Saludada con entusiasmo, seguida con denuedo, aclamada con frenéticos y ruidosos ditirambos, cobija ya con su sombra mas [de la mitad si no la Europa entera, y viene á ser el emblema de una forma de gobierno, que será tan artística, tan bella, tan ingeniosa como se quiera, ¿pero es acaso una forma inmejorable, una forma definitiva?

¿De los talleres en que se ha fabricado esta máquina gubernamental no podria salir otra mas perfecta? ¿Creen sus apasionados que la mecánica política ha pronunciado ya su última palabra? ¿La razon de la moda, que es la suprema razon de las jóvenes elegantes, ha de ser tambien la suprema razon de los políticos y estadistas? Si así es, hay que darse por vencidos: la bandera tricolor es la que está de moda.

Ella es la que en muchas naciones europeas representa la legalidad vigente: fuera de ella están los que simpatizan con la bandera puramente blanca, y los que pugnan para enarbolar un pendon completamente rojo. Aquellos son los ilotas de la moderna Esparta; estos los hijos del norte que empuñan sus frámeas y blanden sus espadas y enristran sus lanzas en las fronteras del imperio romano. ¡Ay del día en que les acaudille su Alarico!

Pero estos colores, mas bien que de la forma extrínseca de los gobiernos, son el símbolo de otros principios mas profundos y trascendentales que se infiltran en los sistemas políticos y se esparcen en la atmósfera que respiran las sociedades. Así es que caben bajo la bandera blanca la monarquía tradicional y la

templada, y poco ó nada tendria de impropia si con ella quisiera abrigarse una república verdaderamente cristiana: se envuelven en la tricolor los césares astutos, los monarcas indolentes y las sucesivas oligarquías de los partidos; el estandarte rojo tanto pudiera ser el de la mas feroz dictadura como el de la mas licenciosa anarquía.

La bandera blanca es la de un gobierno ó de una sociedad formada y vivificada por el espíritu de Jesucristo y sumisa á la enseñanza de su Iglesia: á la sombra de la tricolor se prescinde de Jesucristo, se recela de su Iglesia, y se tiende á cohartar su legítima autoridad y á despojarla de sus legítimos bienes: bajo el estandarte rojo se blasfema de Jesucristo y se aborrece de muerte á su Iglesia. Enarbolada la primera, las ideas religiosas constituyen un elemento social: bajo la segunda solo se miran como asunto de interés privado ó á lo mas como un freno para contener las masas populares: los partidarios de la tercera las consideran como un elemento pernicioso que es preciso remover y abolir á toda costa. Para ellos no pueden las sociedades ser felices sobre la tierra, mientras los individuos abriguen la esperanza de serlo en el cielo.

Allí donde las brisas acarician los pliegues de la bandera blanca, el principio de autoridad se mantiene incólume en virtud de una fuerza intrínseca que predispone al respeto y ennoblece la obediencia. Esta nada tiene de servil, puesto que brota del fondo de la conciencia humana. Se dobla la frente ante otra frente en que se columbra una especie de sello divino, porque el supremo gerarca, sea cual fuere el legítimo conducto por donde se le trasmítia su derecho, lo ejerce como una emanación de la divinidad, fuente y origen de todo poder y de todo derecho. Se le obedece, no por lo que es, hombre fragil y sujeto al error como cualquiera otro, sino por lo que representa; y como tal no puede mandar mas que lo honesto, lo justo, lo conducente al bien de sus subordinados.

La bandera tricolor guia á las sociedades que han eliminado el nombre de Dios en lo que atañe á su régimen y gobierno. Mas investigadoras que creyentes, se han afanado en

buscar el manantial de la autoridad, y han creído encontrarlo en el ficticio acuerdo de una muchedumbre inmensa de voluntades acaso opuestas y naturalmente veleidosas. Sobre un cimiento falso se ha construido una teoría alucinadora, y los pueblos se han acostumbrado á no ver en el representante de la autoridad mas que á su propia hechura, como si no pudiesen adorar mas que al ídolo que han fabricado sus manos. Y aun así, de él se desconfía, y se le escatiman sus atribuciones para que de ellas no abuse, y encadenándole los brazos para que no pueda obrar el mal resulta no pocas veces que para obrar el bien tambien los tiene encadenados.

A la sombra del rojo pendon. no puede albergarse otro principio de autoridad mas que un temerario despotismo. Donde quiera se encarne, ha de vivir enclenque y enfermizo si no tiene en su favor el apoyo de la fuerza bruta. El derecho de mandar, sea permanente ó transitorio, no puede menos de constituir un privilegio; y la idea de privilegio no cabe bajo el rasero de los que han soñado en la formación artificial de sociedades imposibles. En ellas cada individuo querria ser su propio Dios y su propio monarca.

El viagero que llegue á las puertas de una ciudad desconocida, no juzgue las ideas y sentimientos de sus moradores por los matices de la bandera enarbolada en sus muros; estudie su régimen, sus leyes y sus costumbres, y conocerá cual es el pendon que les corresponde.

Alégranse muchos de que el soplo de las ideas revolucionarias arrollase la bandera blanca, y se resisten á creer que un huracan mas violento pueda derribar la que ellos tremolan. No les ha enseñado la derrota ajena á temer la propia; y sin embargo para llegar á este punto ni aun son necesarios los cataclismos de una revolución social. Los partidarios de la tricolor con sus máximas y principios tienen lo bastante para enrojecerla del todo.

El azul de los políticos gradualmente se vuelve encarnado, así como el hermoso verdor de tiernas espigas llega á convertirse en amarillo. Todo es cuestion de tiempo.

T. AGUILÓ.

PASTORAL DEL OBISPO DE ORLEANS

SOBRE LAS CONSTITUCIONES DOGMÁTICAS DEL CONCILIO.

Mis amados colaboradores: Monseñor el arzobispo de Paris acaba de dirigir al clero y á los fieles de su diócesis una pastoral, por la cual se publican las constituciones dogmáticas promulgadas por el concilio del Vaticano. Siguiendo el ejemplo de nuestro digno metropolitano, debo publicar á mi vez esas importantes constituciones. Es verdad que el carácter obligatorio de un decreto dogmático no depende de la publicación hecha en cada una de las diócesis, pero he creído necesario proporcionaros, á fin de que podais tenerla y conservarla en los archivos de vuestras parroquias, la esposición testual, auténtica y verdadera de la doctrina que ha de ser la regla de vuestra fe así como también de la mía, y la cual sirva de base á la instrucción que deis al pueblo cristiano.

Tal es el objeto de esta pastoral que hoy os dirigimos. Antes os la hubiera yo dado, si la gravedad escepcional de los acontecimientos que se han sucedido desde la suspensión del concilio no me hubiera impedido dirigiros estas constituciones acompañadas de las instrucciones convenientes, sabiendo por otra parte que teniais ya conocimiento de ellas por haberlas publicado toda la prensa católica.

No he esperado ciertamente hasta hoy para enviar al santo padre la expresión de mis sentimientos. Tiempo hace que manifesté á su santidad, á vosotros y á los fieles todos de mi diócesis, mi firme adhesión á la doctrina promulgada en las constituciones dogmáticas. Entre las angustias de la guerra y de la ocupación prusiana, en aquellos días en que me hallaba encerrado dentro de los muros de Orleans, privado de toda comunicación aun con los curas de mi diócesis, yo procuraba un solaz á tan crueles dolores, trabajando en la obra de la promulgación de las constituciones dogmáticas de 25 de abril y de 18 de julio, cuyo trabajo publicaré mas tarde, cuando las ocupaciones de la obra presente me permitan darle la última mano.

En el mes de febrero de 1871, al día siguiente de la ocupación extranjera, dirigí desde Burdeos una carta de adhesión al soberano pontífice, recordando á su santidad que si habia escrito y hablado contra la oportunidad de la definición sobre la infalibilidad pontificia, «en cuanto á la doctrina yo la habia profesado siempre, no solo dentro de mi corazón, sino también en escritos públicos que me hicieron merecer del santo padre breves de felicitación en extremo afectuosos.» Y añadía además «que yo me adhería de nuevo, considerándome feliz si con mi adhesión podía ofrecer á su santidad algun consuelo en medio de sus tristes amarguras.» Además, señores, vosotros conocéis bien el fondo de mi alma; vosotros recordareis que la víspera de mi salida para Roma, al dirigiros mi despedida, os recomendaba de antemano la «sumisión de palabra, de espíritu y de corazón con que todos debíamos recibir las decisiones del concilio,» y á mi vuelta de Roma, al hablaros de las pasadas controversias, os decía estas palabras: «Las luchas de la Iglesia no son como las luchas profanas; estas terminan con triunfos personales, mientras que aquellas acaban siempre por la victoria de la fé y de solo Dios segun su santa voluntad.»

Al publicar hoy las constituciones dogmáticas DEI FILII Y PASTOR ÆTERNUS, respondo á vuestros deseos al par que á los míos, y lo hago sin temor alguno á los obstáculos vanamente suscitados, á los cuales sabe resistir el

buen sentido de los verdaderos hombres de estado, ni al incesante clamoreo de los enemigos de la Iglesia y de la santa sede. Vosotros las leereis en medio de la paz de vuestras iglesias, y las meditareis con el espíritu de vuestra fé. En la primera de estas constituciones hallareis el solemne anatema lanzado contra las doctrinas que Fenelon llamaba *los monstruos del error*, la enérgica condenación del ateísmo, del panteísmo y del materialismo, que yo os señalaba con amarga pena hace ya algunos años como la gran vergüenza de nuestros tiempos y el peligro mas grave para el porvenir, denunciando á la vez la catástrofe social que nos amenazaba y el abismo en que al fin hemos caído, y dentro del cual luchamos en vano hasta hoy por salir de él. Mi débil voz no significaba entonces nada, y se perdía como débil eco que en el aire muere; pero la voz de todos los obispos del mundo reunidos persuadirá indudablemente hoy á los pueblos y á sus gobernantes de cuán funestos son semejantes errores, y cuánto deben trabajar en defender y amparar de ellos las necesarias y fundamentales verdades sin las cuales el orden moral y el social no son posibles.

En efecto, después de dos generaciones ¿qué habrá quedado de razón, de buen sentido, de moralidad, de dignidad pública y de civilización en un pueblo á quien se le enseña que no hay Dios ni alma, que el hombre no es mas que un mono perfeccionado, que el espíritu humano es mas ó menos parecido al de los brutos, que no hay mas religión que la que dictan las pasiones ni mas providencia que la fatalidad, y que la libertad y la responsabilidad moral dependen de la alternativa de movimientos contrarios y preponderantes en la masa cerebral? Segun esas doctrinas, en los tribunales de justicia los grandes criminales no son los malhechores, sino «los magistrados que los condenan.» ¡Hé aquí, señores, lo que se ha enseñado en nuestros días, y lo que con entera libertad se ha propagado en escritos públicos! En cuanto á mí, señores, he pensado muchas veces al sentarme en el concilio, y no puedo menos de decirlo ahora al promulgar sus decretos: ¡Qué vergüenza para la pobre humanidad! ¡Cómo! Después de diez y nueve siglos de evangelio y después de cuarenta siglos de filosofía, ha sido preciso que setecientos obispos venidos de todas las partes del mundo se reunan con el vicario de Cristo para denunciar al mundo y anatematizar errores como los siguientes!

«Si alguno niega la existencia de un solo y verdadero Dios, creador y soberano señor del mundo...»

«Si alguno no se avergüenza de afirmar que fuera de la materia no existe nada...»

Semejantes aberraciones ¿qué son, señores, sino el completo naufragio de la razón y la negación de toda verdad, de toda virtud y de todo lo que se llama libertad y moralidad entre los hombres? Por esta razón, señores, es preciso que veais y que luchéis sin cesar contra el mal. No creáis que la existencia de la Iglesia basta por sí sola, como la existencia del sol, para disipar todas las tinieblas. Necesita de nuestros trabajos y de nuestros desvelos. Dios ha querido que sea así, y si os ha hecho sacerdotes ha sido para que trabajéis sin cesar iluminando todos los días las almas de los fieles, combatiendo en ellas el error que tiende á renacer.

En la segunda constitución PASTOR ÆTERNUS encontrareis y enseñareis á vuestros fieles toda la elevada bondad y la preciosa grandeza de las promesas que Jesucristo hizo á Pedro jefe supremo de su Iglesia. Con los sentimientos de un ver-

dadero consuelo leereis las incomparables palabras de nuestro Señor, palabras de una sencillez y de una fuerza tal, que no puede concebirse nada ni mas ilustre ni mas brillante.

La constitucion promulgada el dia 18 de julio está inspirada en el siguiente pasaje del evangelio, cuya sencillez y grandeza son innegables y que yo no me canso de leer todos los dias:

«Habiendo partido Jesus con sus discípulos para evangelizar, les presentó la siguiente cuestion: ¿Quién dicen las gentes que soy yo?—Ellos respondieron: unos dicen que sois Juan Bautista, otros que sois Elías, y otros tambien dicen que sois Jeremías ó alguno de los profetas.—Pero vosotros, les dijo Jesus, ¿quién creéis que soy yo?—Tomando entonces la palabra Simon Pedro, respondió: Vos sois Cristo hijo de Dios vivo.—Jesus le dijo entonces: Bienaventurado tú, Simon hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te ha revelado eso, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y yo te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que tú atares sobre la tierra atado será en el cielo, y lo que tú desatares sobre la tierra desatado será en el cielo.»

Hé aquí revelado todo el pensamiento de nuestro Señor, Jesucristo; hé aquí lo que significa la primer mirada que dirigió á san Pedro desde la primera vez que le vió, y el nombre simbólico y extraordinario con que sustituyó su nombre vulgar. A un hombre tan miserable le puso por fundamento y cimiento de un edificio divino. Y aun añadió mas; á aquel hombre ignorante, desnudo de toda ciencia, pero que creía en el amor de Dios para con los hombres, que creía en el reino de los cielos y en la divinidad del Hijo de Dios, le dijo: «Yo te daré las llaves del reino celeste.» Esto es, las llaves inmortales que por la fé y por la gracia, por la esperanza y por la caridad, por el ejercicio de la soberanía espiritual y por la virtud de la obediencia cristiana abrirán y cerrarán las puertas del cielo; ó lo que es lo mismo, el grande poder moral, la autoridad religiosa, la direccion y el apoyo de las conciencias, y lo que constituye en la tierra la seguridad de las almas. Hé aquí lo que dió Jesucristo al mas humilde y al mas débil de los hombres.

Otro dia, la víspera misma de la Pasión, le dijo: «Simon, Simon, Satanás os ha pedido para cribaros como se criba el trigo: pero yo he pedido por tí á fin de que tu fé no falte nunca, y un dia convertido confirma en la fé á tus hermanos.» En otra ocasion despues de haber resucitado, le dijo: Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que estos?—Sí, Señor, yo os amo.—Pues bien, apacienta mis corderos, PASCE AGNOS MEOS. De nuevo le preguntó Jesus: Simon hijo de Juan, ¿me amas?—Sí, Señor, yo os amo.—Pues bien, apacienta mis corderos, PASCE AGNOS MEOS. Por tercera vez le preguntó Jesus, Simon hijo de Juan, ¿tú me amas?—Señor, contestó Pedro, vos me conocéis bien y sabéis que yo os amo.—Jesus le dijo entonces: Apacienta mis ovejas, PASCE OVES MEAS.» De esta manera recibió Pedro definitivamente su investidura en presencia de los demás apóstoles, y quedó constituido en soberano pastor de ovejas y de corderos, de todo el rebaño de Cristo.

Hé aquí pues esa alta autoridad que preside á todos en la Iglesia. Hé ahí la infalibilidad del magisterio pontifical, en cuya virtud el sucesor de Pedro, definiendo *ex cathedra* como pastor y doctor de todos los cristianos, no puede

caer nunca en el error; hé ahí finalmente esa grande autoridad docente que conserva en la Iglesia católica la verdad con la unidad de la fé. Si Jesucristo puso la autoridad de la enseñanza en todo el cuerpo apostólico para la propagacion perpétua de la verdad: *ite docete omnes gentes... ecce ego vobiscum sum omnibus diebus*; quiso poner la misma autoridad de un modo mas singular y elevado en el jefe de los apóstoles á fin de conservar siempre inmutable la verdad: *Tu es Petrus... tibi dabo claves...*

Esta unidad de su Iglesia fué el voto mas querido de su corazón y lo que mas principalmente pidió á su Padre despues de la cena, al dirigirle momentos antes de la pasion la siguiente súplica: «Padre santo, conservad en vuestro nombre á estos que me habeis dado, á fin de que ellos sean uno, como vos y yo tambien somos uno. Pero no solo para estos, sino tambien para todos los que por sus predicaciones creerán en mí, á fin de que todos sean uno, como tú y yo lo somos.» De esta manera quiso Jesucristo que se conservara la unidad, no solo entre los doce apóstoles, sino tambien entre los miles de obispos que despues se han sucedido, de manera que no formasen nunca mas que un mismo corazón, un mismo espíritu, una misma fé y una misma doctrina, enseñada infaliblemente por la verdad.

La constitucion dogmática del 18 de julio explica admirablemente en los siguientes términos todo esa elevada armonía del divino plan. «A fin de que el episcopado sea uno y siempre indivisible, de manera que por la fuerte cohesion de un sacerdocio estrechamente unido en todas sus partes se mantenga en todos los fieles la unidad de la fé y de la comunión, Jesucristo eterno pastor y obispo de nuestras almas distinguió al bienaventurado Pedro de entre los demás apóstoles, constituyéndole en principio y único visible fundamento de la unidad sobre la cual estableció el templo eterno de su Iglesia, de manera que la grandeza de esa Iglesia se levante siempre sobre la firmeza de una misma fé nunca quebrantable, en virtud de esta incomparable palabra: *Tú eres piedra, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*»

Tal fué el deseo de nuestro Señor al hacer de Pedro la cabeza de sus apóstoles. Desde aquel momento Pedro aparece siempre el primero en todas las cosas. Pablo será el grande apóstol, pero Pedro es el príncipe de los apóstoles; Pablo convertido por Jesucristo deberá venir á ver á Pedro, *videre Petrum*, á verle, á contemplarle y á estudiarle, como dice san Juan Crisóstomo; á verle como mas grande que él y como de mas autoridad, á fin de que en lo sucesivo cualquiera por docto y sabio que sea, aunque llegara á creerse otro Pablo, sepa que tiene la obligacion de ver á Pedro. Pedro, dice tambien el gran arzobispo de Constantinopla, es el oráculo de los apóstoles, *os apostolorum*. Pedro fué el primero en la confesion de la fé, el primero en la confesion del amor, el primero en la eleccion del sucesor de Judas, el primero en la solemne promulgacion que se hizo de la ley evangélica, el primero en la conversion de los gentiles, el primero en el gobierno de la Iglesia, el primero finalmente en todas partes y el que lo dirige todo.

¿Pero á dónde será conducido el mismo Pedro por un pensamiento y por una voluntad manifiestamente mas alta que la suya? ¿En dónde residirá Pedro? ¿En dónde se establecerá definitivamente en el mundo, para fijar allí para siempre la suprema autoridad de que está investido? ¿Cuál

será en definitiva la silla de Pedro? Después de haber fundado la Iglesia de Jerusalén en donde presidió el primer concilio, después de haberse fijado en Antioquía, se dirigió hacia Roma, la capital de la idolatría y del imperio, pero que predestinada á ser un día la capital de la religión y de la Iglesia, debía llegar á ser por esta misma razón la Iglesia de Pedro y la silla de su soberanía apostólica. Neron creyó concluirlo todo de un solo golpe haciendo morir á Pedro cabeza abajo en una cruz, al mismo tiempo que hacia caer la cabeza de Pablo bajo el filo de una espada; pero la crueldad imperial concurría de buen grado ó por fuerza á realizar un eterno designio. Neron al levantar á Pedro sobre una cruz, fijaba para siempre en Roma la misma soberanía que él pretendía hundir. Roma, silla providencial del pescador de Galilea, testigo de su martirio y depositaria de sus sagradas cenizas, consiguió desde entonces el derecho á conservar la cátedra: esta cátedra de Pedro, la cátedra única en el mundo que conserva la unidad, permanece aun después de tantos siglos y de tantas persecuciones, sostenida y guardada por Dios, allí mismo en donde Pedro la habia fijado con su muerte, y después de diez y nueve siglos todo se mantiene lo mismo en la inmortal Iglesia de Jesucristo.

Con respecto á la nueva persecucion que hace un cuarto de siglo va inquietando á la Iglesia sin debilitarla, cuando Pio IX sobre las rocas de Gaeta comenzaba á beber á grandes tragos ese cáliz de suprema amargura que hoy experimenta en medio de su ancianidad con la fuerza y la dulzura de una serenidad incomparable, tuvo el consuelo y el honor de hacer llegar hasta él las siguientes palabras, que quiero tener el gusto de recordaros en este momento: «Hé aquí, decía, á ese papa, sucesor de Pedro, cabeza del catolicismo, oráculo de la Iglesia siempre vivo y siempre abierto para enseñar al mundo, centro de la fé y de la unidad cristiana, foco de luz y de verdad que alumbra al mundo, base inmutable de un edificio divino, contra el cual la potestad de las tinieblas será eternamente impotente, piedra angular sobre la que se levanta aquí abajo la ciudad de Dios! ¡Hé ahí esa cabeza inmortal sobre la que descansan tantos gloriosos recuerdos del pasado, las esperanzas del presente y los designios de un porvenir eterno! Príncipe de los sacerdotes, padre de los padres, sucesor de los apóstoles, y como decía en otro tiempo san Bernardo, mas grande que Abraham por el patriarcado, mas grande que Melquisedech por el sacerdocio, mas grande que Moisés por la autoridad, mas grande que Samuel por la jurisdicción, en una palabra, Pedro por el poder, Cristo por la unción, pastor de los pastores, guía de los guías, punto cardinal de todas las iglesias, ciudadela inespugnable de los hijos de Dios.»

Hé aquí, señores, lo que yo escribía y publicaba hace veinte y cinco años. Cuando yo he pensado siempre así, comprendereis que hoy, en medio de las amarguras de la hora presente y ante el universal abandono que el santo padre experimenta de los poderosos del mundo, ahora con mas energía, con mayor adhesión y con mas firme entusiasmo, vuelvo á proclamar las altas prerogativas del sucesor de Pedro, vicario de Jesucristo en la tierra.

Aceptad, mis amados cooperadores, la espresion de mis afectuosos sentimientos.

Versalles 29 de Junio de 1872, en la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

FÉLIX, obispo de Orleans.

CRÓNICA.

El 6 de julio por la mañana recibió el papa dos diputaciones, la una del colegio romano, y la otra de las hijas de María perteneciente á la parroquia de la Trinidad de los Montes. Un colegial llamado José Bugarini recitó en nombre de sus compañeros del colegio romano, el distico siguiente:

Quæ, Pie, conferimus non sunt te príncipe digna,

Digna tamen reddit te patre noster amor.

Las hijas de María presentaron al papa gran número de ornamentos, destinados á las iglesias pobres. El padre santo se dignó contestar en los siguientes términos:

«Gracias por vuestras afectuosas frases y por vuestra ofrenda. Todos los días los párrocos me hacen presente las necesidades de su iglesia, por cuya razón vuestro donativo llega con mucha oportunidad. Vuestro mérito es grande, porque concurrís con vuestro trabajo á la gloria de Dios y al brillo de su Iglesia. Quien desea el lustre y la prosperidad de la casa del Señor, desea la honra y la gloria del mismo Dios.

Que Jesus nos bendiga, que se acuerde de nosotros y ponga término á las infamias que diariamente se cometen aquí. El cómo y cuándo, lo ignoro. Por lo demás, resignaos con la voluntad divina, armaos de fuerza y de constancia, procurando á Dios la mayor gloria y á la Iglesia el mayor bien. Obrando así, las bendiciones del cielo descenderán sobre nosotros, y los males tendrán término.

Que la bendición que os doy os acompañe por todas partes, que os sirva de apoyo y guía, y en tanto que elevó la manos al cielo, figuraos que es Dios mismo el que os bendice. S

A la exposicion presentada el 10 de julio por los seminaristas de san Pedro, al ser recibidos en audiencia por Pio IX, contestó S. S. en los términos siguientes, después de felicitar á los profesores que los acompañaban:

«Tomaré de los cuadros que veis aquí el asunto de que voy á hablaros. Mirad, dijo, ese cuadro que representa al Divino Maestro en el momento en que cura la mano á un hombre, seca á consecuencia de una enfermedad. Recordad que para ser agradables á Dios es preciso estar dispuesto siempre á hacer bien: la mano significa las buenas obras, puesto que solamente por ellas puede alcanzarse el cielo.

»El gran peligro de nuestros días es el respeto humano; en esto debeis imitar á la Magdalena, que segun veis en ese otro cuadro se arrodilla ante el divino Maestro sin temor á las burlas de los que están presentes. Vosotros debeis hacer lo mismo para obrar el bien. Dedicad á las buenas obras, y estudiad bajo la direccion de vuestros excelentes profesores.»

A las felicitaciones que dirigió al papa en 11 de julio una diputacion de Albano, contestó su santidad en los siguientes términos:

«Os doy gracias por los sentimientos de fidelidad que acabais de demostrar, y que ponen de relieve vuestra voluntad de seguir y servir á la Iglesia de Jesucristo sin dar oídos ni dejaros arrastrar por los halagos de los impíos.

Dios ha visitado muchas veces á la ciudad de Albano con castigos, pero en esta ocasion es digna de las bendiciones de Dios. Esta ciudad fué visitada por el cólera en una época en que residian en ella un gran número de extranjeros que se entregaban á toda clase de desórdenes, y de pronto la tristeza, el dolor y la muerte reemplazaron á la alegría. Recientemente esta ciudad ha sido visitada por un metéoro que ha causado grandes destrozos en sus campiñas. Estas plagas son otros tantos avisos, por medio de los cuales Dios nos recuerda el cumplimiento de nuestros deberes. Los castigos mas terribles de Dios son las plagas morales que vosotros no conoceis aun en toda su estension.

Nada hay peor que ser revolucionario. El revolucionario desea desde luego la libertad; una vez obtenida se vale de ella para alcanzar el poder. Conseguido esto, y cuando él se cree afirmado, no guarda consideracion alguna con los que

pretenden arrojarle de su elevación valiéndose de los mismos medios que él empleara; entonces se convierte en tirano y condena la libertad. Es necesario decir y hacer conocer á la juventud que la libertad degenera en tiranía y licencia, que se derrumba con todo su peso sobre las provincias y ciudades.

Procuremos estar dispuestos y constantes para el cumplimiento de nuestros deberes, y digámosle á Dios: *A fulgure et tempestate libera nos, Domine. Ab inimicis sanctæ ecclesiæ libera nos, Domine.* Os concedo de todo corazón mi bendición; que ella os proporcione la fuerza y la constancia en esta vida.»

Después y en otra habitación recibió á los discípulos de las escuelas italianas que iban á ofrecerle el testimonio de su amor. A la vista del venerable pontífice los niños entonaron un magnífico himno compuesto por el profesor Capocci, y al mensaje que por boca de uno de aquellos niños le dirigía aquella tierna juventud, contestó Pío IX conmovido con estas palabras:

«Vedme aquí para bendeciros: puesto que me llamáis padre amado, apoyándome en este nombre os manifiesto mi deseo de que seáis hijos amantes de la santísima Virgen y de la santa Iglesia. Jesucristo entró en Jerusalem montado en una pollina rodeado por una multitud de niños, multitud que no creo fuera tan numerosa como es la vuestra aquí; aquellos niños acompañaron cantando á nuestro Señor Jesucristo cuando hizo su entrada en Jerusalem. Como vosotros sabéis bien, después de los cánticos debían venir la pasión y la muerte. Entremos igualmente en Jerusalem, pero no os dejéis intimidar ó turbar por los que ocupan á la actual Jerusalem.

Se oirá un coro, y el pueblo os impondrá silencio diciéndoos: vosotros sois *devotos* é hijos de la superstición. Pero vosotros debéis imitar al ciego del evangelio, que sabiendo pasaba el divino Maestro, victoreaba el milagro porque deseaba recobrar la vista, y al invítarsele á que guardara silencio, victoreaba con doble esfuerzo á Jesucristo para que le devolviera la vista. Es pues necesario marchar adelante, haciendo oídos sordos, como vulgarmente se dice, á los que quieren darnos malos consejos y ejemplos perversos.

Volved á vuestras moradas, y decid á vuestros padres y madres y á todos vuestros demás parientes que el papa los bendice. Que Dios os bendiga también para que continúeis siendo dignos de alabarle por toda una eternidad.»

El padre santo añadió: «Deseaba daros á todos una medalla, pero en vista de vuestro gran número (próximamente 1,000), prefiero entregárselas á vuestro superior, que os las distribuirá.»

Al terminar se ofreció al padre santo una bolsa que contenía el óbolo del amor filial.

El día 13 recibió el sumo pontífice los homenajes de los empleados del ministerio de comercio y de trabajos públicos que han preferido permanecer fieles á su legítimo soberano que recibir el oro piomontés. Su santidad les dirigió el siguiente importante discurso:

«Los sentimientos que manifestáis, la presencia de los empleados del ministerio de comercio, como asimismo la del ministro que los conduce, traen á mi memoria el mes de noviembre de 1848. También era aquella época de revueltas, á las que sucedió una era de paz y de tranquilidad. Un día se presentó en el gabinete que ocupaba yo en este palacio de que se me ha despojado, en el Quirinal, el ministro de comercio y de trabajos públicos. Este hombre ha muerto ya, y es de temer que muriera poseído de las malas ideas que durante su vida le animaron. Al presentarse, aunque republicano y con todos los distintivos de tribuno popular, lo hizo con timidez, como apesadumbrado, diciéndome en voz baja que el desorden y los motines del pueblo habían sido ocasionados por una de mis alocuciones en que hacia conocer á todas las potencias mi negativa á unirme á los que habían declarado la guerra al Austria, á lo cual le respondí: «El vicario de Jesucristo debe estar en paz con todos.—Podéis sufrir gravísimos perjuicios, santísimo padre, me contestó aquel hombre.—Los sufriré, pero no por evitar esos perjuicios gra-

ves de que me habláis, haré nada que sea contrario al honor, á la justicia, á la conciencia y á la religión.»

«Así sucedió. Me vi obligado á abandonar á Roma, y puedo decir con verdad, que por no haber cometido un acto contra justicia, perdí el trono.

Hoy los acontecimientos toman otro carácter, habiéndose arrebatado el trono por la violencia. Verdad es que un acto de justicia no fué apreciado entonces, y que ahora también se le desconoce por completo. ¿De quién podremos esperar el socorro? ¿De quién, si todos los gobiernos están dominados por las sectas y sus hijos de tinieblas? seguramente que no de ellos. ¿De quién entonces? El mundo católico, vosotros mismos lo habéis dicho, está en oración, y arrodillado ante Dios le pide que tenga piedad y misericordia de todos.

Nada hay que esperar fuera de esto: ¿por qué? Cuando san Juan Bautista quiso inspirar confianza á los discípulos que deseaban convencerse de si Jesus era el verdadero Mesías, les dijo: id y preguntádselo á él mismo. Fueron y hecha la pregunta, Jesus les contestó: decidle á Juan que los ciegos ven, los sordos oyen y los mudos hablan, que los cojos andan naturalmente y que resucitan los muertos; que es como si les hubiera dicho: conoced por mis obras quien soy.

Si llamamos á la puerta de los gobiernos de Europa, sus obras son completamente contrarias á las que Jesus mencionaba á los discípulos de san Juan. Esas obras todos las ven; son las obras de un llamado gobierno en Italia, de un llamado gobierno de Paris, de un llamado gobierno de Madrid; mirad, contemplad sus obras y decid en seguida qué es lo que nosotros podemos esperar de semejante gente. Tengamos presente esto, elevemos el corazón á Dios, de quien solamente esperamos apoyo y refuerzo, consejo y protección, como lo hemos esperado siempre y esperamos ahora también.

Hé aquí las palabras que he querido deciros antes de concederos mi bendición, bendición que os sostiene en medio de las incertidumbres presentes. Reparad lo que acontece hoy. A cada paso nos hablan de supuestas garantías, de libertad para todos de acudir á las urnas de las elecciones administrativas, pero para mí esta libertad es una quimera; cuando hay un ministro que publica una circular que aterra, cuando la plaza ahulla y se agita, no existen ni pueden existir las garantías de la libertad. Sin embargo de esto, que cada uno haga lo que pueda, que siga el consejo de personas de autoridad; y si no se obtiene el resultado que se desea, será una prueba mas de la hipocresía de las garantías y de la libertad.

Os bendigo en vuestras personas y familias; que mi bendición os dé alivio y consuelo y os anime ahora y siempre.»

El lunes 15 recibió su santidad en la sala del consistorio á mas de 300 damas pertenecientes á la *Obra preservativa de las sirvientas*, cuyo título indica bien la cristiana tarea á que se dedican esas señoras bajo la presidencia de la señora marquesa Serlupi. Al mensaje y contestación siguió un bellissimo dialogo recitado por dos niños.

El día 18 al medio día fué recibida por el padre santo la congregación de *Hijas de Maria* en la sala del consistorio. En contestación al mensaje que le fué leído por la señora Pasis, se dignó Pío IX contestar en los términos siguientes:

«Os concedo mi bendición. Por lo que toca al tiempo de volver á ir á santa Maria la Mayor para bendeciros solemnemente, os diré que *non est nostrum noscere tempora*. Dios reserva en sus insondables designios la época en que me será permitido salir libremente por Roma. Vosotras podéis adelantar la hora con vuestras oraciones incansables, con el cumplimiento exacto de vuestros deberes, como también con vuestro trabajo y obediencia, que tan bien sienta en vuestra edad.

Guardad estas palabras impresas en vuestros corazones: recibid entretanto mi bendición apostólica.»

El 19 el padre santo, acompañado de los cardenales Patrizi, Monaco, Barnabo y varios prelados, se dirigió al medio día á la sala del consistorio, en donde recibió en audiencia á las señoras de la junta de la asociación de santa María Magdalena, compuesta de 43 señoras y de algunas hermanas de la Misericordia. En contestación al mensaje que levó la señora Clelia Frattuini, se dignó contestar Pío IX en la forma siguiente:

«Proseguid vuestra piadosa obra tan grata al Señor. Jesucristo se ocupó también en la conversión de las pecadoras, tales como la Magdalena, la Samaritana, etc. Puede asegurarse que en el día del juicio los malos católicos que desprecian la luz de la fe, serán juzgados con más severidad que los que habitaron en Sodoma y Gomorra; lo cual nos prueba que el vicio de la deshonestidad es más susceptible de corrección que la falta que se comete al perder la fe.

» Vosotras os dedicáis á un verdadero apostolado, que os proporciona el consuelo de ver á tantas ovejas descarriadas volver al buen camino uniéndose con los lazos del matrimonio legítimo, y á otras buscar su amparo en la vida religiosa. Comprendo que algunas de ellas, después de haber dicho *mea culpa*, pueden caer de nuevo y seguir la senda del crimen; pero es necesario esperar en su conversión, porque á medida que los años vayan pasando y las pasiones disminuyen, se avergonzarán de sus yerros anteriores.

» Dios os consuele y os sostenga en vuestras fatigas, acompañandoos con su santa bendición durante el curso de vuestra vida.»

A una diputación de hermanas hospitalarias les dijo: «Vosotras, que vivís en los hospitales, conocéis perfectamente los males que afligen á la sociedad. Muchas personas no quieren comprender por orgullo, que el mundo bien mirado no es otra cosa que un gran hospital. Me decís que tenéis miedo de la situación que atravesamos. Cobrad ánimos; los malvados serán contenidos cuando Dios lo tenga por conveniente. Por lo demás, el testimonio de una conciencia tranquila es el mejor apoyo.»

El 20 recibió el padre santo á los antiguos empleados de policía que le fueron presentados por monseñor Randi, y contestando al mensaje que le fué leído por el marqués Pío Capranica, pronunció el notable discurso siguiente:

«Como otras tantas adhesiones, ha llegado la vuestra á las gradas del trono del vicario de Jesucristo. Vosotros representáis á la clase de empleados de la policía, clase llamada á mantener el orden y preservar á la sociedad de los tumultos, y encargada del castigo de los delitos. Vuestra institución me recuerda un hecho que le concierne, hecho que tiene de fecha 22 ó 23 siglos.

Hubo en Israel un rey que escribió libros que le fueron inspirados por el Espíritu Santo. En estos libros se habla de una santa virgen recién desposada, que caminaba durante la noche buscando el objeto de sus deseos y de su amor. Recorria sola las calles de la ciudad, cuando fué encontrada por los vigilantes, *invenerunt me vigiles*, los cuales le preguntaron: ¿Qué buscáis á esta hora tan avanzada? Ella respondió á su pregunta. Los tiempos eran tranquilos hasta el extremo de que una joven pudiera andar sola por la ciudad.

Las escrituras que nos hablan de cosas tan pequeñas y de poca importancia, como del perro de Tobías etc., no nos dice, que hubiera ladrones en aquel tiempo, de lo cual puede deducirse que el mayor orden reinaba en Israel, á pesar de que había mucho que poder robar.

Las riquezas del rey eran grandes, á las que se habían unido las de la reina, que había traído en dote mucho oro, pedrerías y objetos preciosos. Yo no digo que dejara de haber ladrones, porque desgraciadamente siempre los ha habido; pero la escritura no habla de ellos, lo que nos demuestra que su número debía ser muy reducido.

Vosotros sois los sucesores de los vigilantes de que nos habla el rey sabio; pero os obligan á un reposo forzado, y no sois más que meros espectadores de lo que cada día acontece. Yo nada veo, pero leo todos los días que un tesorero se fuga

con la caja, *et non invenit vigiles*; que otro se fuga con otros fondos públicos, *et non invenit vigiles*; leo que los ladrones fuerzan las puertas de las casas particulares, *et non invenerunt vigiles*. Estos *vigiles* han llegado y se han manifestado con una sublevación en la plaza pública que se dice republicana. Ellos han intervenido desde luego como testigos, y en una actitud que están allí *ad confirmandam audaciam*. Después demostraron alguna actividad, alguna energía, y los temores cesaron.

Puede suceder que en adelante, por ejemplo en el período electoral, estas bandas de alborotadores, dispuestos á servir á quien las manda, se presenten de nuevo: en este caso me encomiendo á estos *vigiles*, para que nos concedan la libertad que ellos mismos nos han concedido, de dar nuestro voto y de emitir nuestro parecer según creemos conveniente.

Se dice que deseamos una reacción armada. No puede imaginarse ni mayor calumnia ni mayor locura que esta reacción armada que se supone. La reacción que deseamos es la de que los hombres honrados se presenten á fin de proteger á la juventud, que debe ser educada según la moral, las buenas costumbres y la religión. Tal es la reacción que deseamos. Por lo demás las grandes reacciones están en manos de Dios, y Dios se cuidará de hacerlas.

Puede todo que todo está en manos de Dios, terminará: ¿Qué es lo que nosotros debemos hacer? Esta misma mañana he recibido cartas en que se me pide pase circulares, á fin de hacer rogar por todas partes para que el Señor venga en nuestra ayuda. Nada hay que esperar del mundo; pero de un momento á otro puede presentarse un hombre enviado de Dios, y solo nos resta rogarle que, usando del tesoro de su misericordia, aleje á los impíos y nos conceda días de paz y de tranquilidad.

En cuanto á mí, os lo aseguro, deseo concluir mi carrera en esta paz y en esta tranquilidad del alma.

Estos días llegarán, estoy seguro: ¿cómo y cuándo? no lo sé, pero me hace abrigar esta creencia lo mucho que en todo el mundo se ruega y la gran confianza que se tiene en el triunfo de la causa de la justicia, del orden, de la religión, en una palabra, de la causa de Dios.

Aceleremos pues con nuestras oraciones la hora en que Dios decida en favor de su causa. Roguemos para que nos bendiga. Sí, mis queridos hijos, yo os bendigo: que mi bendición descienda sobre vosotros, sobre vuestras familias y vuestros asuntos; que os acompañe durante vuestra vida y en vuestra muerte, y se convierta en el cántico que hagáis resonar en la eternidad.»

El R. P. Beckx, general de la benemérita Compañía de Jesús, fué recibido el 22 por su santidad. Los revolucionarios han dado gran importancia á esta conferencia, asegurando que en ella se trataron asuntos secretos de gran interés. Nada de exacto hay en esto: la audiencia fué pública, varias personas asistieron á ella, y saben que no se habló más que de la supresión de la Compañía en el imperio alemán, diciendo el padre Beckx con la calma que le distingue, por todo comentario á los arrebatos de Bismark, que como siempre «estaban en las manos de Dios.»

El día 23 el señor arzobispo de Tolosa entregó al soberano pontífice 40.000 francos recogidos en su diócesis para el dinero de san Pedro. Otro sacerdote de la diócesis de Grenoble le entregó también 27.000 francos, segunda remesa que en el presente año hace dicha diócesis. Con este motivo su santidad elogió la grandeza de Francia y su afecto á la santa sede; elogió á los obispos por lo bien que habían organizado las piadosas obras del dinero de san Pedro y de la propagación de la fe, y bendijo con efusión á los obispos y al pueblo francés.

ENSAYOS POLÍTICOS DEL SR. CUADRADO.— Esta semana se repartirá la 14.ª entrega.